

PETER BROOKS, *Enigmas of Identity*, Princeton University Press, Princeton, 2011. 226 páginas.

Tras varias décadas como profesor de Yale, Peter Brooks se unió recientemente al departamento de Literatura Comparada de la Universidad de Princeton. Su devenir intelectual destaca por una aproximación multidisciplinar hacia temas tan dispares como el derecho, la literatura francesa o el psicoanálisis. En su obra *Enigmas of Identity*, publicada en 2011, estudia el concepto de identidad a partir de figuras como Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), Sigmund Freud (1856-1939), Émile Zola (1840-1902) o Marcel Proust (1871-1922), analizando las consecuencias personales, sociales y legales del incremento del individualismo en la modernidad.

Brooks considera que la cuestión de la identidad define a este periodo histórico. Según el autor, la era moderna muestra la incapacidad de dar cuenta de la identidad propia a los demás y a uno mismo, motivo que aboca al sujeto a una búsqueda personal hacia su interior. De este proyecto introspectivo, que encuentra su culminación en el psicoanálisis, surge una dicotomía entre identidad e identificación que Brooks denomina “el paradigma de la identidad” (p. 28).

Partiendo de la convicción de que la identidad se conforma a partir de la narración, Brooks recurre a novelas y autobio-

grafías, así como a textos legales o estudios sobre psicoanálisis. De esta manera, desfilan por las páginas del libro los nombres del novelista Arthur Conan Doyle (1859-1939) y del poeta William Butler Yeats (1865-1939), si bien la presencia de Freud es la que vertebra todo el ensayo. El autor batalla por mostrar el atractivo del pensamiento del neurólogo austriaco y defender su actualidad. Bajo su enfoque, el psicoanalista queda reducido a simple escritor —aunque controvertido, sugerente y de gran calidad—, por lo que cabe preguntarse si sus planteamientos no quedan descontextualizados. Cabe agradecer, empero, la valentía de Brooks a la hora de reinterpretar a un autor tan citado y, quizá, tan poco leído como Freud, del mismo modo que es de valorar su cuestionamiento de la validez del psicoanálisis como teoría.

La noción de narrativa de la que parte Brooks es similar a la que Tzvetan Todorov propusiese hace cuatro décadas, entendida como una síntesis de diferencia y parecido¹, común en la teoría de la narración estructuralista y que puede rastrearse en obras como *Narrative, Authority and Power* de Larry Scanlon² o la más reciente *The Politics and Ethics of Identity* de Richard Ned Lebow³. La aportación más interesante del autor al respecto se encuen-

¹ Tzvetan TODOROV, *The poetics of prose*, Cornell University Press, Ithaca, 1977, pp. 218-233.

² Larry SCANLON, *Narrative, Authority and Power: The Medieval Exemplum and the Chaucerian Tradition*, Cambridge University Press, 1994.

³ Richard NED LEBOW, *The Politics and Ethics of Identity: In Search of Ourselves*, Cambridge University Press, 2012.

tra en el capítulo quinto, donde trata de esbozar una dimensión estructuralista en el mundo de la ley, continuando la senda trazada por Randy Gordon en *Rehumanizing Law*⁴.

Brooks analiza diversas manifestaciones de la cultura occidental, a la que considera obsesionada con el yo y con el cuerpo individual. Además, le atribuye una valoración narcisista de todo lo que gratifica el ego. Una vez trazado el recorrido, trata de resolver la cuestión que plantea el “paradigma de la identidad”. Su respuesta es clara: desde la mirada interior del sujeto, el yo es una fuente fiable de conocimiento; desde fuera, sin embargo, se sitúa en un punto de intersección de información empobrecida. Debido a que las dos perspectivas resultan irreconciliables, Brooks propone ambas como verdaderas. Si bien un relativo escepticismo parece apropiado para el sujeto que describe este investigador, inmerso en una búsqueda angustiada⁵ (p. 197), el relativismo epistemológico de la conclusión del libro puede resultar controvertido. Si la hipótesis de un observador objetivo resulta difícilmente aceptable, tal y como mostró Jacques Derrida (1930-2004) en su obra de 1967 *De la grammatologie*, todavía lo es menos cuando lo observado es el propio “yo” del observador. Por tanto, queda a juicio del lector determinar si el autor ofrece una lúcida propuesta posmoderna o si nos hallamos ante una mera argucia sofisticada.

El libro se estructura en siete capítulos. El primero sirve a Brooks para realizar un primer esbozo sobre las reflexiones entre ley e identidad. El autor establece un nexo entre las recientes “políticas de identidad” (p. 27) y la tendencia del siglo diecinueve hacia la clasificación de los ciudadanos, ofreciendo breves reflexiones acerca de la antropometría criminal, el antisemitismo en el *affaire* Dreyfus o el auge de las huellas dactilares. Una herencia decimonónica que, en palabras del autor, puede derivar tanto en la afirmación de la diversidad como en la práctica del genocidio (*ibidem*)⁶.

En el segundo capítulo, titulado “Egotisms”, se estudian las aspiraciones de glorificación de la personalidad de ciertos héroes modernos, como Émile Benveniste (1902-1976) o André Malraux (1901-1976) a la luz de obras como *El malestar en la cultura* (1930) de Freud. El tercer capítulo se centra en las ambiciones proteicas que buscan lograr una autorrealización del yo partiendo de la creencia del carácter maleable de la identidad. Las imposturas creadas con el fin de obtener atención, respeto o poder y la ansiedad de escapar al deseo de vivir como cualquier otra persona, —algo muy propio de impostores literarios tales como el Ripley de Patricia Highsmith (1921-1995)—, se oponen, en último término, a la noción de identidad como elemento clasificable, sólido y seguro (p. 59). Frente a todo ello, Brooks defiende una cierta inconstancia.

⁴ Randy GORDON, *Rehumanizing Law: A Theory of Law and Democracy*, University of Toronto Press, 2011.

⁵ “[A]nxiety-laden quest”.

⁶ “[A] consequence that can result in the affirmation of diversity on the one hand and the practice of genocide on the other”.

El cuarto capítulo indaga en las extrañas relaciones entre la identidad y el deseo, recordando los giros eróticos en las etapas de madurez de determinados artistas —los últimos cuartetos de Ludwig van Beethoven (1770-1827), los años de Paul Cézanne (1839-1906) en Provenza o las últimas pinturas de Tiziano Vecellio (1486-1576)—. El capítulo se despliega con la idea de la masturbación de fondo, entendida como símbolo de insatisfacción sexual e incompletitud (p. 113), a partir de referencias que abarcan desde *Julia, o la nueva Eloísa* (1761) de Rousseau a *El lamento de Portnoy* (1969) de Philip Roth. El quinto capítulo se centra en el “paradigma identificador” (p. 117), el proceso racional encaminado a determinar y definir una identidad. Tanto la narrativa legal como la ficción detectivesca muestran la necesidad de contar con un relato coherente. Del citado paradigma se deriva la importancia crucial que adquiere el conocimiento del yo.

En el sexto capítulo, Brooks medita acerca del autoconocimiento sirviéndose del concepto de “desrealización” (p. 147), un trastorno de la percepción formulado originalmente por Freud. El camino del conocimiento interior resulta tortuoso en tanto que exige al observador reformular sus juicios previos. Tal y como señala el autor, algo similar sucede con las primeras impresiones en los personajes de Jane Austen (1775-1817); no en vano, el título inicial de *Orgullo y prejuicio* (1813) no era sino *First Impressions*. Así, propone una labor de escrutinio basada en un razonado extrañamiento del yo, un movimiento que el autor compara con la sensación de desorientación perceptiva y temporal que experimentamos en el momento de desper-

tar y que, en este caso, se articula bajo un proceso disciplinado (p. 160).

El libro se cierra, en su séptimo capítulo, con una meditación sobre las obras tardías de grandes figuras culturales —*Noventa y tres* (1874) de Victor Hugo (1802-1885), *Parsifal* (1878) de Richard Wagner (1813-1883) o *El jardín de Les Lauves* (1906) de Cézanne—, preguntándose por las dinámicas de reinención de la identidad. Comprendiendo que la disposición a alterar la propia identidad, a través del quehacer artístico, suele ir unida a la afirmación de la unidad de esta, Brooks afirma que es la inminencia de la muerte el factor que apresta al creador a reinventarse, ya sea mediante la palabra, la imagen o la identificación heroica que trasciende la contingencia.

La claridad y el estilo informal del autor es poco habitual en este tipo de ensayos, y resulta encomiable su interés por resultar accesible a cualquier tipo de lector. Asimismo, da la impresión de que Brooks se esfuerza por ofrecer una lectura amena, complementando sus argumentaciones con entretenidos ejemplos —desde poemas hasta sentencias del Tribunal Supremo estadounidense—. Por otro lado, la profusión de citas y nombres permite al lector novato adentrarse en un rico mundo de referencias, sugiriéndole una amplia gama de lecturas.

Es de esperar que esta obra sorprenda al presentar un capítulo dedicado a la masturbación y el siguiente, a la ficción detectivesca. Tal y como el propio autor reconoce, el libro no ofrece un estudio sistemático y exhaustivo de la identidad, sino una exploración de diferentes aspectos de la cuestión. Esto supone que determinados asuntos sempiternamente inclui-

dos en la materia quedan fuera, como las identidades políticas. En su lugar, se da paso a cuestiones como las citadas. Sin embargo, los temas elegidos son utilizados como meros refuerzos de la intuición inicial del autor, dando la impresión de que bien podrían ser otros, de manera que la estructura del libro parece obedecer a cierta arbitrariedad. *Enigmas of Identity* es, en

definitiva, un ensayo erudito e imaginativo que compensa una cierta carencia de organización con propuestas de destacada originalidad. Brooks consigue iluminar aspectos del tema de la identidad con breves destellos que proporcionan al lector intuiciones para seguir reflexionando.

NADIA KHALIL TOLOSA